
LA CARICATURA Y LA POLÍTICA

Fernando Ayala Blanco

Algunos de los muchos caminos que el hombre se ha trazado para provocar la risa han sido la deformación, la ridiculización y la ironía. Cuando éstos adquieren forma impresa, tenemos la caricatura.

Esta última no es otra cosa que una representación gráfica en la cual se deforman exageradamente los rasgos o vicios característicos de una persona, institución, situación o idea, denotando una marcada intención humorística y crítica. Robert de la Sizeranne, crítico de arte francés, afirma que la caricatura fue “primero deformadora como una bola panorámica, después fiel como un espejo y por último como un reflejo”. Y concluye: “Primero hizo reír, después hizo ver y ahora hace pensar”.

Adoptada desde el siglo XVIII como un instrumento de la sátira política y social —así lo demuestran las diatribas plásticas del inglés William Hogart—, la caricatura llegó a consolidar cierta difusión y gran popularidad a través de las hojas volantes y del auge de las publicaciones periódicas.

En la primera mitad del siglo XIX se suscitó un claro ejemplo de este fenómeno con la incansable labor del francés Charles Philipon, artífice de las revistas *Caricature* y *La Charivari*, desde cuyas páginas se criticó al rey Luis Felipe. En estas publicaciones se contó con artistas de la talla de Gustave Doré y Honoré Daumier.

Así pues, la caricatura política en México se inserta en la herencia de una rica e importante tradición gráfica. La aparición en 1826 del periódico *Iris*, primero en publicar un cartón de corte satírico/político, potenció las funciones críticas y las finalidades sociales demostrando que como arma fulminante, la caricatura ataca a cualquier persona o institución sin distinción de clases o ideologías. De tal suerte que, así sea impugnación o fuerza de reforma social, el cartón político encierra dentro de su lógica satírica un arma de doble filo, ya que puede ser utilizado por tendencias tanto progresistas como reaccionarias. No olvidemos que la caricatura —imagen que exagera o deforma los rasgos característicos de la víctima— provoca risa, aliada de la burla, haciendo mella en aquel o aquello que se ataca: como recordara Baudelaire “el hombre no tiene dientes de león, pero muerde con la risa”.

A través de los medios impresos, espacio político por excelencia, se trazó el complejo camino de la gráfica satírica. De ahí, pues, que artículos doctrinarios y cartones políticos lanzados por periódicos y revistas con cierta estatura histórica, abonaran el terreno para que se desarrollaran importantes disputas ideológicas. Líneas de pensamiento encontradas que reflejaron —y reflejan— la problemática socio-política inherente a nuestra sociedad. No es casual, escribe Umberto Eco, “la concomitancia entre civilización del periódico y civilización democrática”.

Ahora bien, en la gráfica satírica se hace presente la combinación entre texto e imagen y se asimila en una doble lectura. La integración de la caricatura mordaz con la ironía verbal se conjugan en un ejercicio agresivamente intelectual que fusiona hechos y valores; que nos impele a construir jerarquías alternativas y a elegir entre ellas, bombardeándonos con juicios de valor, los cuales subrayan los errores inherentes a la naturaleza humana. De esta manera, mientras la caricatura exagera rasgos físicos, su compañera, la ironía verbal, señala los vicios morales. Así por ejemplo, Antonio López de Santa Anna recibió el sobrenombre de “Quinceañías”; Manuel González el de “Santandereño” y Porfirio Díaz el de “Don Perfidio”. Después de su segunda reelección el Caudillo se convertiría en “Don Perpetuo”. A Francisco I. Madero, por su parte, todo le quedaba grande: la ropa, los caballos, las mujeres y la silla presidencial.

Asimismo, en las últimas décadas de la historia política mexicana el imaginario colectivo rebautizó ingeniosamente a nuestros presidentes. Por ejemplo: a Díaz Ordaz le decían el “Hocicón”, el “Trompudo” o el “Mounstruo de la Laguna Prieta”; a Echeverría se le conoce como el “Pelón”; a López Portillo como el “Perro”, el “Jolopo” o López “Porpillo”; a De la Madrid se le quedó el mote de Miguel “De la Madriza”; a Salinas le dicen el “Ratón” o, como él mismo se autodefinió, el “villano favorito” de los mexicanos; y finalmente Zedillo ha recibido una avalancha de chistes y apodos como la “Paloma”, el “Pan Bimbo” o el “Pavo”.

Si bien la caricatura política se representa aparentemente en obras individuales e independientes entre sí, vista en su conjunto, encarna una especie de unidad dramática del contexto histórico al que hace alusión a pesar de la diversidad de sucesos y acontecimientos. Este conjunto de caricaturas reconstruye minuciosa y críticamente, aun cuando lo haga de manera fragmentada, los acontecimientos políticos y sociales, en una intensa historia de asesinatos, mentiras, traiciones, promesas incumplidas, y en fin, crímenes políticos, cuyos principales personajes son Santa Anna, Juárez, Lerdo de Tejada, Díaz, Madero, Huerta, Zapata, Villa, Carranza, Calles, Cárdenas, Alemán, Echeverría, López Portillo, De la Madrid, los Salinas, Colosio, Camacho, el Sub Marcos, Zedillo, el Tío Sam, el pueblo de México, la Constitución, etcétera. Al tiempo que aparecen también “Don Bulle-Bulle”, “La Orquesta”, “El Ahuizote”, “El Nieto del Ahuizote”, “El Tata-ranieto del Ahuizote”, “La Garrapata”, entre otros tantos personajes simbólicos que asumen la bandera de los “oprimidos”, realizando así, aunque de manera simulada, la venganza sobre los “poderosos”.

De modo que las diatribas plásticas aparecen como aguda crítica política, en las cuales los dibujantes —simulando algunas veces aceptar el sistema de razonamiento del adversario—, ironizan y ponen al descubierto los fallos y debilidades de sus enemigos. A través de los estilos y las técnicas del humor (como la originalidad o lo inesperado; el énfasis por medio de la selección, la exageración y la simplificación; o la economía o carácter implícito que obliga al público a hacer un esfuerzo de recreación), son directos instrumentos de ataque, mostrando mayor eficacia en un momento dado, que un discurso político o un artículo inteligentemente

elaborado; ya que la fuerza de los trazos, aunado a los elementos simbólicos de raigambre, establecen con facilidad el sentido que deseó plasmar el caricaturista. Además del propósito implícito de promover la opinión pública.

Para concluir citemos a Henri Bergson: lo cómico plasmado en la plástica política expresa “cierta imperfección individual o colectiva que exige una corrección inmediata. Y esta corrección es la risa. La risa es, pues, cierto gesto social que subraya y reprime una distracción especial de los hombres y de los hechos”.